

J. M. BRICEÑO GUERRERO

UN PEQUEÑO RELÁMPAGO EN EL FONDO DE LOS OJOS

Salvador Garmendia

Caracas, sábado 02 de noviembre, 1996

Estoy intentando hilvanar en mi memoria mis encuentros con José Manuel Briceño Guerrero, a lo largo de las últimas décadas. El último de ellos tuvo carácter público, había sido programado con algunas semanas de anticipación y tuvo la particularidad de no ocurrir. El día fijado, todos estábamos allí, expectantes: cada cosa ocupaba su puesto, lista para empezar. No volaba una mosca. Hasta la transpiración de la jarra de agua en la mesa parecía la mitad de un hechizo, ya que la otra era la caricia del aire acondicionado, porque estábamos en Maracaibo y eran las once de la mañana. Quien no estaba allí era Briceño. En un gesto de extremada galantería, él nos había legado su fantasma, al cual seguramente había adiestrado convenientemente para que no perdiera una sola palabra de lo que iba a ocurrir entre nosotros. Fue durante el seminario sobre el Pensamiento filosófico y la obra literaria de J.M. Briceño Guerrero, que tuvo lugar en la capital del Zulia entre el 16 y el 18 de octubre de este año, organizado por la Fundación Amigos Escuela de Teatro para Niños Jesús 'Matuta' Ortega.

Pero dejemos que un párrafo tomado de *El laberinto de los tres minotauros*, obra fundamental de Briceño Guerrero sobre el destino del hombre americano, editada por Monte Avila, nos traslade de una vez a una esquina del laberinto: 'En cierto sentido, toda vida humana es artificial. La cultura interpone entre el hombre y la naturaleza una red simbólica, una rejilla clasificatoria, una óptica valorativa: la cultura codifica las relaciones con la naturaleza: el hombre nunca está inmerso en el seno de la naturaleza como un animal en su hábitat'. Meditando sobre estas líneas, concluí en que había habido más de un Briceño para mí, desde las veladas de la plaza Lara de Barquisimeto, en la década de los 40, hasta esa mañana maracucha en el auditorio del Museo Municipal de Artes Gráficas, donde el personaje que debía ser real no lo fue, no estaba allí y por lo mismo empezó a formar parte de la duda general que nos invadió de inmediato acerca de la autenticidad de un nosotros, protegidos momentáneamente por una cuadratura casual de tiempo y espacio. Soy de los que creen que ese que nos mira por la rendija de una puerta no siempre es el mismo que se oculta detrás. En general, no creo en las puertas. No creo demasiado en las puertas. Son artificios colocados allí para que imaginemos que pasamos por ellas.

Con otros Briceños me había encontrado ya en otras ocasiones; pero nunca me hice demasiadas ilusiones al respecto. La persona que veía en un momento dado era real, no cabía duda alguna: pero eso no probaba nada. Me parecía llegar un día a su casa y preguntar: ¿Está Briceño Guerrero? No. Y usted ¿quién es? Briceño Guerrero. ¡Ah, sí. Ya me lo explico.

Precisamente, pensando en esa condición ubicua que sólo es posible esperar de un hombre como ese, me vi a mí mismo como el único sobreviviente de una catástrofe universal, semejante a la que imaginó Jack London en *La peste escarlata*. En cosa de pocas semanas, la humanidad entera quedó aniquilada. En mi semisueño me vi sentado en alguna parte, ya sin nada en qué pensar, cuando el propio José Manuel hizo su aparición por entre unas ruinas y se acercó a mí, caminando con perfecta calma, liviano como si viniera saliendo de una clase. Hasta me pareció ver que sonreía de manera apenas perceptible, sin que pareciera dirigirse a lo presente, sino más bien al reino del silencio. Por fin llegó hasta mí y me dijo, quitándose la pipa de la boca y paseando una mirada apacible alrededor:

¿Qué te parece lo que ha pasado, Salvador? Yo nunca pensé que iba a ser así. Pero ya lo ves...

Es que a Briceño no le perturba demasiado la realidad. Está convencido de que un momento después ella querrá hacerse pasar por otra.

Aunque su vida actual transcurre en Mérida, donde por muchos años ha sido catedrático de la Universidad de los Andes, el profesor Briceño jamás usó la veste académica y pasada de moda. Nunca quiso ser un Dr. Jekyll puntual y laborioso; pero tampoco el harapiento y reprimido Mr. Hayd. Pero él ha edificado en los alrededores de Mérida una hermosa mansión donde por las noches se oye la nota melancólica de la lechuza. Allí sostiene largas conversaciones nocturnas con el bueno de Hayd. Un conciliábulo entre dos marginados del sistema, que intercambian confidencias y a ratos se entretienen con alguna disertación sobre el intercambio clandestino que se produce entre la mente y los instintos.

¡Y Mérida ¿por qué? Ella ha significado para Briceño una elección. La casa. Muchos años de vida y de meditación a la sombra. La soledad cultivada como una forma de creación, como tiempo esculpido que crea imágenes. Años hace que en esa emboscada de montañas compartimos alguna vez tertulias, cabriolas, sarcasmos, morisquetas, risas satánicas y también nos vimos pasar muchas veces de lejos, indiferentes, sin volver la cabeza. Y es que Mérida es una ciudad de secretos, de susurros, de ventanas que hablan cuando pasamos. Es un centro turístico que no se atreve a perder el recato y también una comunidad cosmopolita, con laboratorios, bibliotecas, auditorios y cientos de jóvenes en las calles, yendo de un lado para otro; pero todo eso está puesto encima, a modo de una inmensa escenografía y nos parece que si pisamos demasiado fuerte la cáscara que la sostiene va a resquebrajarse y dejaremos al descubierto un cultivo secreto, donde pululan las formas de vida más extrañas y primitivas. De la misma manera, bajo la piel de la montaña habitan sortilegios, consejas, supersticiones, secretos que hablan por encima del hombro. Hay un componente sobrenatural que baja a las calles junto con la neblina: entra a los patios y las habitaciones y va creando temblores, sobresaltos y ojos dilatados que se vuelven a los rincones. Los tiempos se confunden. Parece que el paisaje se abre como las páginas minadas de un tratado de alquimia medieval. Huye de esas páginas un coro de brujas y deja atrás un reguero de chispas sulfurosas.

Estoy convencido de que José Manuel conoce el santo y seña del aquelarre. Alguno ya debe haber sido celebrado en su honor.

